



PERIODICO PARA TODOS

Administración:
CH 1236 CARTIGNY/GE
Suiza

PUBLICACION QUINCENAL

Subscripciones
Suiza, 1 año . . . Fr. 5.--
Otros países . . . \$ 3.--

¿Es nuestra influencia siempre divina?

Exposición del Mensajero del Eterno

EL Eterno quiere darnos el conocimiento de la verdad para que se conmueva y se enterezca nuestro corazón. Si la verdad no surte este efecto en nosotros, si no nos dispone a la gratitud y al deseo de acercarnos al Eterno con sentimientos de apego y de admiración, la verdad no nos sirve de nada y no puede actuar en nosotros para transformarnos. Entonces permanecemos siempre bajo el poder del espíritu diabólico; pues el espíritu de Dios no puede penetrar en un corazón que no se abre a su acción benéfica.

Cuando no nos avenimos con nuestro entorno, estamos descontentos y tenemos toda clase de reclamaciones que formular, esto prueba que no estamos en una buena situación espiritual. Hay muchas cosas que durante el día embrollan nuestros pensamientos, turban nuestra alma, y nos sacan del ambiente del Reino. Por lo tanto, se trata de estar muy atento y de guardar cuidadosamente la puerta de nuestro corazón. Entonces, pase lo que pase, estaremos a tono y entusiasmados,

No le pueden sustraer la alegría a un hijo de Dios fiel, ni tampoco separarlo de la bendición que el Señor le concede. No le pueden quitar nada, sino sólo ayudarlo a cambiar su carácter, porque recibe todas las pruebas con buena voluntad. Su único deseo es glorificar al Eterno por medio de su actitud y del renunciamiento vivido sinceramente.

Mirad a los tres hebreos en el horno ardiendo: ¡la prueba los afianzó maravillosamente! no fue para ellos una causa de desaliento, sino todo lo contrario, de inefable bendición. A Daniel le hizo el mismo efecto en el foso de los leones, y a David también. Todos los hijos de Dios que han pasado por pruebas muy reñidas han cosechado de ellas una grandiosa equivalencia de bendición y de afianzamiento.

Igualmente, el Hijo muy amado de Dios, nuestro querido Salvador, cuando pasó por la prueba suprema de la muerte en la cruz, obtuvo un resultado que no habría alcanzado de otra manera. En efecto, si no hubiera dado su vida por los seres humanos caídos, ¡no habría podido traerles la salvación y la liberación! es a precio de su vida que pudo pagar el rescate. Después de haber pasado por este camino de sacrificio, pudo decir: "Toda potestad me es dada en los cielos y en la tierra".

Podemos ver como obra nuestro querido Salvador y experimentar los inestimables efectos del trabajo de su alma. Cuando venimos a él trabajados y cargados, con todos nuestros déficits y pobrezas, es siempre capaz de suplir nuestros fallos y restablecernos en la gracia

divina reconfortadora, que nos levanta, nos consuela y nos restaura.

En efecto, nuestro querido Salvador reanima en nosotros el entusiasmo para seguir corriendo en la liza con perseverancia y con fe. Es él quien nos procura la salud del alma y del cuerpo, la vida, el ser y la alegría del corazón por medio del espíritu de Dios. He aquí todo lo que resulta de su poderosa y benéfica obra.

Después de haber nacido en la tierra, nuestro querido Salvador abrió la puerta del llamado celestial. Este llamado se dirige a una clase de personas que llegan a ser más que vencedoras, corriendo la carrera de la alta vocación celestial en Jesucristo. Estas personas entran en la escuela de Cristo para reformar completamente su carácter y para dar su vida en sacrificio con su Maestro y Señor.

La transformación de los sentimientos del corazón es un glorioso trabajo que procura goces insospechados a aquel que, dócil y humildemente, emprende su tarea en esta dirección. El resultado es inefable, puesto que eleva a seres indignos y caídos a la situación de hijos de Dios. Esta reforma los hace estimables, nobles y virtuosos; en breve, los hace altruistas en toda la acepción del término. Toda persona humana que ha pasado con éxito la escuela del alto llamado ha llegado a ser transparente.

Del registro de este ser humano ha desaparecido todo el mal, y sólo difunde el bien y la bendición. Si lo violentan y lo perjudican, si le dicen maldades y lo maltratan, reacciona únicamente con sentimientos nobles y generosos. Como lo dicen las Escrituras, de una buena fuente puede manar solamente agua dulce, clara y límpida. No puede manar de ella un líquido turbio y amargo.

Tenemos el programa divino delante de nosotros y estamos en la escuela de Cristo para adquirir estos sentimientos y la transparencia del corazón. Los caminos del Eterno son sumamente juiciosos. Están llenos de sabiduría y de buen sentido. El Eterno no hace nada a la ventura; todo tiene su objetivo y su repercusión, y todo esté estudiado maravillosamente para un éxito completo y magistral. La creación de la tierra es una maravilla de arte, de precisión y de perfección hasta en los detalles más insignificantes.

Si hay perturbaciones actualmente en el globo terráqueo, esto se debe a los que habitan en él, porque no han seguido la ley que se les había prescrito. Sin embargo, el hombre, cuyo destino era ser el rey de la tierra, había recibido todo lo que necesitaba para vivir en la abundancia. Tenía todo para estar en el gozo

y en la prosperidad, y para mantener la tierra en su estado de perfección.

El hombre posee capacidades maravillosas. Si pensamos en todo lo que son capaces de hacer los seres humanos, nos quedamos maravillados de todas las posibilidades que el Eterno les ha concedido en su nobleza y en su generosa y divina benevolencia.

Desafortunadamente, hoy en día los humanos no están animados de un buen espíritu; por eso, todo lo que emprenden da un resultado que descorazona. Incluso, la mayoría de las veces, las mejores cosas que hacen degeneran en mal, a causa del egoísmo que mancha todos sus pensamientos y obras.

El adversario emplea a sus vasallos a su antojo, y los maneja como quiere; son como títeres en sus manos. Cuando se cansa de uno de ellos, lo tira a un rincón como un paquete de ropa sucia. Así el hombre acaba en la fosa con mucha pena y decepción.

Si no hubiera la obra redentora de nuestro querido Salvador, que en el horizonte aparece como un cálido rayo de esperanza, como una luz deliciosa y reconfortante, no habría para los seres humanos posibilidad alguna de existencia. Una vez bajados a la morada de los muertos, habrían acabado para siempre.

Es indispensable que las cosas nos sean enseñadas claramente, para que podamos darnos cuenta de que tinieblas hemos sido sacados. ¡Qué gratitud ha de ser la nuestra después de habernos beneficiado de tanta luz y bendición! A menudo he notado que cuanto más hemos sido adulados, mimados y queridos, más somos exigentes y menos fácilmente cambiamos de carácter.

¿Por qué? porque no cultivamos suficientemente la equivalencia de la gratitud. Nuestra felicidad, nuestra alegría, nuestra prosperidad espiritual y física no dependen ante todo de las comodidades, de las facilidades que tenemos, ni de lo que podemos poseer, sino más bien de la situación de nuestro corazón. El corazón disciplinado y educado en la escuela de Cristo se regocija de todo.

En efecto, es agradecido por las más pequeñas atenciones y amabilidades. Percibe profundamente la benevolencia que le tributan y nada se le escapa, mientras que todas estas benevolencias pasan desapercibidas al egoísta y a aquel que está hastiado, a pesar de todas las ventajas de que disfruta.

Con razón he mostrado que, en realidad, no poseemos de veras lo que creemos que nos pertenece, sino sólo las cosas que somos capaces de apreciar y de estimar. Yo he conocido a propietarios que poseían casas y tierras que

nunca habían visto. Estas riquezas no podían beneficiarlos, puesto que nunca habían disfrutado de ellas, equivalía a no poseerlas.

Hay en el universo una ley inmutable, que también rige al hombre, y por eso nuestro organismo está hecho para vivir en el Reino de Dios. Si vivimos en otra parte con los pensamientos y los sentimientos, le causamos gran perjuicio a nuestro organismo, y periclitamos.

Igualmente, aunque vivamos en el ambiente del Reino de Dios, en medio de todas sus bendiciones, podemos a pesar de todo sentirnos tristes, descontentos e infelices. Esto es inevitable si somos ingratos, deshonestos, egoístas, y si no procuramos corregirnos realizando el circuito basándonos en el conocimiento de la ley de las equivalencias.

Muchas personas quisieran vivir entre nosotros, en una estación especialmente. En cambio, muchos amigos que en ellas viven sienten aún tristeza, abatimiento, momentos de desaliento y toda clase de pensamientos que no tienen nada que ver con el Reino de Dios.

Naturalmente, recibimos según nuestra fe y nuestros esfuerzos. Si estimamos mucho la suerte de que participamos, cosecharemos de ella inmensas bendiciones; pero si somos indiferentes, no podremos sacar una real ventaja de nuestra situación privilegiada.

Es indispensable, pues, que hagamos lo necesario mientras sea el momento oportuno y que nos limpiemos valerosamente de todo lo que en nuestro corazón es un impedimento para el establecimiento del Reino de Dios en nosotros y a nuestro alrededor.

Como nos lo muestran las Escrituras, debemos estar llenos del espíritu de Dios. Su influencia no es un espíritu pertinaz, que se impone y que declara la guerra al espíritu del adversario. Somos nosotros quienes debemos escoger, decidir si queremos dejar el campo libre al espíritu de Dios, rechazando los pensamientos del espíritu del mundo.

Como lo dicen las Escrituras, se trata para nosotros de escoger a quien sirvamos. Si nos dejamos trabajar por el espíritu del adversario, no tardaremos en estar mal dispuestos, deshinchados, etcétera. Debemos procurar poner orden en nuestro corazón a fin de que podamos ser dueños de nuestros pensamientos y de nuestras impresiones.

Aunque seamos fuertemente obsesionados por el espíritu del adversario, podemos vencerlo a pesar de todo. La condición es que hagamos lo necesario con firmeza, apoyándonos en el Señor. Él nos dice: "Resistid al adversario, y huirá lejos de vosotros".

Esforcémonos, pues, en vivir el programa divino con sinceridad, para que podamos sentir que el Eterno está a nuestra diestra, que el espíritu de la gracia divina opera en nuestro corazón. Si nos anima el espíritu de Dios, sentimos seguridad y podemos decir como el apóstol Pablo: "¿Quién acusará a los escogidos de Dios? Es Dios quien los justifica". Dios nos procura el gozo y el consuelo.

Lo que sobre todo debemos aprender a realizar en nuestro corazón, es una profunda estima y un alto aprecio por los caminos del Eterno. Este aprecio no viene de un día al otro, requiere tiempo; es cuando ponemos dócilmente en práctica las instrucciones del Señor como lo conseguimos.

Si pensamos en los inmensos esfuerzos que ha hecho el Hijo muy amado de Dios, en la abnegación desinteresada que ha manifestado a

nuestro favor, nos podemos dar cuenta de todo lo que le debemos; podemos sopesar el valor de su amor y medir la grandeza de su sacrificio a nuestro favor.

Si no podemos realizar estima y aprecio por su obra inefable de amistad y de amor, nunca lograremos apreciar cualquier otra cosa, y nuestro corazón no podrá ser regenerado. Nuestro querido Salvador ha visto nuestra miseria, nuestra situación desgraciada, desesperada de seres caídos y desamparados.

Como nos quería salvar, se compadeció de nuestra angustia y de nuestra pobreza, y vino a sacarnos del fango en que estábamos sumidos. El dio generosamente su vida preciosa, pura y sin mancha para que un día fuesen rasgados la cubierta que cubre a los pueblos y el velo que envuelve a todas las naciones.

Nuestro querido Salvador se ha alegrado profundamente del próximo tiempo bendito en que sean enjugadas las lágrimas, aparezcan los días de felicidad y de alegría, y no haya más clamores ni dolores en medio de toda la humanidad. Las cosas antiguas habrán pasado, y todas serán hechas nuevas.

En esto consiste el trabajo inexpressable de ternura y de bondad que nuestro querido Salvador está haciendo en la tierra; ha escogido a una pequeña falange de personas que se asocian para realizar con él la obra de restauración y de regeneración de la humanidad.

Estas personas forman el pequeño rebaño, el real sacerdocio, y participan de los dolores de Cristo, pero también de su gloria. Los que quieren llenar este santo y glorioso ministerio son bautizados en la muerte de Cristo; beben la copa simbólica de los dolores de Cristo. Esto no basta, y cumplen día tras día el sacrificio íntegro del discípulo, beben la copa literal de los dolores del Señor.

Pero no todos los que han tomado los símbolos están siempre deseosos de hacerlo. Cuando se presenta el momento de la prueba y del pago, hay muchos titubeos y reticencias. Hay "peros", "porqués" y "sis", toda clase de excusas para no mantener sus promesas.

El que quiere correr con éxito la carrera del alto llamado debe confiar su corazón al Eterno. Debe esforzarse en realizar esta línea de conducta: "Donde tú quieras, cuando tú quieras y como tú quieras, Señor". Es así como podremos transformar nuestro carácter a ojos vista, porque seremos guiados a la meta con mano firme y segura. Queremos, pues, aplicarnos en seguir los consejos del Señor a fin de que podamos estar llenos del espíritu de Dios y volvernos verdaderos hijos en la Casa paterna.

Entonces podremos ser empleados maravillosamente para la bendición, la alegría, la paz y el consuelo de todos aquellos con quienes entremos en contacto. Nuestro ministerio será bendito, nuestras palabras estarán sazonadas de sabiduría y de gracia divina, dejaremos por todos sitios la gloriosa estela de un consagrado del Señor. Es preciso que, por dondequiera que dirijamos nuestros pasos, el recuerdo que dejemos sea benéfico y santificante.

Hemos recibido en abundancia los beneficios de la generosidad del Eterno, sentido la ternura de nuestro querido Salvador. También hemos sido la oveja descarriada que el buen Pastor ha venido a buscar entre abrojos y espinas, después la ha llevado al redil con infinitas precauciones y una inexpressable benevolencia.

Somos deudores de obrar de la misma manera con nuestro prójimo. Así como nuestro

querido Salvador no nos ha regañado, tampoco debemos regañar a otros. Como él nos ha llevado en sus hombros, cuando no podíamos andar, también debemos tener cuidado de los más pequeños y de los más débiles, ofrecerles el amable socorro y el precioso apoyo de un corazón sincero y abnegado.

Naturalmente, si queremos realizar este ministerio de bondad y de ternura, es menester absolutamente que nos desembaracemos del espíritu del adversario. Para esto es preciso luchar con fe y perseverancia. El espíritu del adversario es un espíritu pertinaz que se incrusta en nuestro corazón como los piojos en la piel. No se pueden despegar, a menos de emplear fuertes ingredientes, ungüentos que los maten; de lo contrario no se logra desalojarlos.

Es así como el espíritu del adversario se infiltra en nuestra alma y trata con todas sus fuerzas de mantener en ella sus posiciones. Es preciso, pues, que le resistamos con energía, buscando con todo nuestro corazón la comunión de la gracia divina. Si deseamos con suficiente ardor la comunión del espíritu de Dios, la obtendremos; pero esto requiere la limpieza de nuestro corazón.

Tenemos en nuestro organismo un péndulo que funciona de maravilla, y se llama la conciencia. Pero podemos falsearlo completamente, si no somos sinceros y si no calificamos el bien como bien y el mal como mal.

Si nos dejamos ganar por la hipocresía, pronto nos sentiremos llenos de confusión, porque nuestro péndulo estará del todo desafinado y no tendrá el poder de mostrarnos el camino recto y puro de la verdad y de la sinceridad.

La conciencia es algo muy preciso, pero también muy delicado. Por lo tanto, conviene tener mucho cuidado con ella para no falsearla, escuchando las insinuaciones tortuosas del espíritu de mentira y de tinieblas.

Dejemos penetrar la luz en nuestro corazón, incluso si nos sentimos acusados por ella. Si la luz nos acusa, también nos demuestra el poder de la sangre de Cristo que nos lava, nos purifica y nos restablece en la gracia divina. Entonces podemos dar nuevos pasos en la dirección del bien y de la bendición.

De esta manera el espíritu de Dios podrá asistirnos siempre, nuestro carácter se transformará día tras día, y podremos dirigirnos hacia el completo éxito y a la victoria definitiva, para la honra del Eterno y de nuestro querido Salvador.



Preguntas para el cambio – del carácter –

1. ¿Hemos ejercido una buena influencia, sido un estímulo, traído felices impresiones, sido agradecidos, vencido el descontento?
2. ¿Aumenta nuestra fe, nos da alegría vivir el renunciamiento y otros principios divinos?
3. ¿Progresamos en la confianza, el amor desinteresado, la humildad, y en vencer las sugerencias, el descontento y la ingratitud?
4. ¿Ha desbordado de nuestro corazón la gratitud por las benevolencias divinas, y hemos comunicado felices impresiones?
5. ¿Notamos en nuestro combate la aprobación divina, realizando nuestro ministerio de consagrado o de Ejército de Dios?
6. ¿Ganamos victorias por la fe, apreciamos todas las benevolencias recibidas, y corremos hacia la única meta del Reino?